

Cacholo.

Conde de San Xoán.

Cacholo, de Conde de san Xoán. <http://www.condesanxoán.com>

La edición que tienes en tu poder es de lectura libre, se permite su descarga, visualización y lectura, también pueden compartirse siempre y cuando sea de manera gratuita y sin obtener ningún precio o contraprestación económica a cambio

A pesar de la lectura libre y la posibilidad de compartirlo de manera gratuita, hay que recordar que *Cacholo* es una obra registrada y protegida por la Ley de la Propiedad Intelectual, no se permite la obtención de un beneficio económico a partir de ella ni la creación de obras derivadas en ningún formato. Si desea adquirir los derechos para cualquiera de estos casos utilice la página de contacto:

<http://condesanxoan.com/contacto/>

Cacholo dispone de una versión digital exclusiva en varios formatos y en la que se ha utilizado contenido adicional (portada adicional, comentarios del autor, etc...), se trata de una tirada limitada a 25

unidades, identificadas, cada una de ellas, con un token digital que acredita su autenticidad y exclusividad, y que puede convertirse en una edición para coleccionistas de obras digitales.

Para adquirir la versión tokenizada de *Cacholo* consulte la página web del relato: <http://condesanxoan.com/relatos/>

Espero que disfrutes de su lectura y que lleve a un lugar singular.

Conde de San Xoán.

- “María, hoy me llevo a los niños al campo.”- Le dijo a su mujer mientras salía de la cocina.

A Manolo le gustaba que le acompañaran sus hijos cuando iba a trabajar en alguna de las fincas, había muy pocos niños en el pueblo y ninguno era de la edad de los suyos por lo que aprovechaba cualquier ocasión para llevárselos con él para que pudieran jugar libremente sin preocupaciones.

Él y María tenían una niña de nueve años y un niño de siete, vinieron bastante tarde, ya bien entrados los cuarenta; por un problema de salud no conseguían tener descendencia y se tuvieron que poner en manos de la medicina que, en dos años, les procuró esos dos angelitos a los que adoraban con toda su alma.

A los niños también les gustaba acompañar a su padre, no era solo por el contacto de la naturaleza, el hecho de montarse con su padre en el tractor también les gustaba, les fascinaba ver como su padre era capaz de manipular tantas palancas y pedales a la vez para guiar ese monstruoso aparato, además, durante el camino su padre les solía ir contando vivencias de su etapa de niño por cada uno de los parajes y fincas por las que pasaban.

El trabajo que tenía para ese día consistía en enfardar la hierba de una finca cercana, la hierba ya estaba perfectamente seca y colocada en forma de varias filas a lo largo de toda la superficie del terreno; solo tenía que ir pasando con el tractor por un lateral de cada una de las filas para que la enfardadora fuera cogiendo la hierba a su paso, con unos potentes ganchos metálicos giratorios, y después devolverla al campo como fardos cuadrados perfectamente hechos, cortados, prensados y empaquetados.

No era un trabajo muy especial, de hecho, algunas de las veces hasta les dejaba a los niños que llevasen el volante mientras que hacían el trabajo, pero esa finca tenía bastante pendiente y le preocupaba que por un mal giro hubiese algún percance y volcase el tractor con ellos dentro, por lo que, sabiendo que sería trabajo de una o dos horas mandó a los niños bajarse del tractor para dejarles jugar a su ritmo mientras que el hacía el trabajo.

- “No salgáis de la finca y no os arriméis mucho al barranco, no os vayáis a caer”.

- “Si papá.”- Contestaron a la vez.

Los niños saltaron de la cabina del tractor y se apartaron de la maquina mientras su padre ya comenzaba a colocarse frente a la primera de las filas con el fin de comenzar con la tarea.

Comenzó el trabajo regulando cada uno de los aspectos que debía: el tamaño del fardo, la velocidad del tractor y, una vez que tuvo todo ajustado, dejó el acelerador en automático. Se fijó en como salían los primeros fardos y vio cómo, a causa de la inclinación del terreno, estos giraban a favor de la pendiente, pero sólo entre un cuarto y media vuelta, por lo que no había riesgo de que se fueran rodando y cayeran por el barranco a la finca contigua. Una vez que comprobó que todo estaba en orden comenzó, ya sin paradas, a enfardar toda la hierba del prado.

Durante todo el proceso Manolo no dejaba de darle vueltas a la cabeza, llevaba unos días preocupado con una de las terneras que tenía próxima a la venta, había comenzado a cojear hace una semana y tenía una pata hinchada, por más medicación que le había dado el veterinario, la inflamación seguía aumentando y la cojera no disminuía.

La situación le dejaba en mal lugar, tenía que pagar las letras del tractor nuevo y esperaba tener un colchón para unos cuantos pagos con lo que la ternera le dejara, pero si seguía con la pata así se acabaría dejando en medicamentos una importante cantidad de dinero o, lo que es peor, si no se recuperase, al final tendría que acabar vendiéndola muy por debajo de su precio y asumiendo los gastos que le hubiera dejado.

En un momento notó como la enfardadora le hacía algún ruido extraño, recordó las ramas que había quedado de un árbol que había caído el año anterior y asoció el ruido con alguna de ellas que todavía quedaba en esa zona, esperando no sufrir una avería en el aparato que le pudiera provocar un problema económico aún mayor, continuó su trabajo viendo que este ruido no se repetía y que solo había sido algo puntual.

...

Tan metido estaba en sus pensamientos que el tiempo se le pasó volando y cuando se dio cuenta ya había terminado con todas las hileras de hierba, miró a si alrededor y vio como tenía todo el terreno ya ocupado por fardos de hierba separados unos metros entre sí. Ahora solo le quedaba volver a casa a coger el remolque, cargarlos y llevarlos al pajar.

Buscó con la mirada a los niños, pero no los vio dentro de la finca, pensó que pudieran estar jugando por el camino o en una colindante, así que, para que le oyeran, apagó el motor y se subió al morro del tractor para tener una perspectiva visual más amplia.

- “¡Carlos!, ¡Pilar!”.- Les llamó gritando.

No se les oía por ninguna parte, miró a todos los lados y al no verlos pensó en lo peor, estos jugando se habían acercado al barranco y se habrían caído.

Saltó del tractor y bajó corriendo al barranco, al acercarse lo recorrió, desde arriba, en toda su extensión, había algo de maleza, pero no había señales de que hubieran podido caerse por allí, además podía haberse caído uno, pero que se hubieran caído los dos era más difícil, volvió a mirar otra vez, fijándose bien, tanto en la poca vegetación que había como en lo que se veía en el fondo y le pareció imposible que pudieran haberse caído por allí.

Pensó que posiblemente se estaba alarmando en vano, seguro que estaban por los alrededores jugando, o a lo mejor se estaban escondiendo para gastarle una broma, si era esto último, pensó, recibirían una buena reprimenda.

Gritó un par de veces más mientras recorría el fondo buscando algún movimiento o alguna señal que delatara su situación, pero seguía sin ver nada.

Cruzó todo el campo, mirando a ver si se habían escondido entre las filas de fardos, y salió hasta el camino, tampoco estaban allí, volvió a gritar sus nombres un par de veces más, mirando para todos los lados y empezó a pensar que la broma ya estaba siendo excesiva, por lo que decidió darles un escarmiento.

Sin decir ni mirar nada más volvió al tractor, lo rodeó completamente para comprobar que no estaban escondidos detrás, se subió y lo arrancó, tras dar un par de vistazos alrededor, esperando verlos correr para no tener

que volver andando, reemprendió la marcha, saliendo de la finca y tomando el camino hacía casa.

A lo largo de todo el trayecto miró varias veces por los retrovisores, esperando verlos corriendo detrás, pero no veía nada, empezó a preocuparse un poco y en su interior esperaba que los niños, conocedores como eran de los caminos y de la cercanía con la casa, se hubieran aburrido de jugar y hubieran vuelto solos, “tampoco sería la primera vez”, pensaba.

Dejó el tractor aparcado y entró en casa.

- “María, ¿han venido los niños a casa?”

- “No, no ha venido nadie, ¿dónde los dejaste?”

- “Los dejé jugando en la finca mientras trabajaba, cuando he terminado no estaban y pensé que habrían venido a casa.”

- “¡Anda!, ve a buscarlos, no sea que les pase algo”.

Manolo volvió al campo, esta vez andando, para poder ver si estaban jugando por algún vericuetto del camino o poder pasar a alguna tierra contigua, seguramente estaban por allí jugando, pero la intranquilidad ya empezaba a pesar sobre sus hombros y quería encontrarlos cuanto antes.

La finca estaba vacía, allí no estaban los niños, volvió a rodearla completa mientras les llamaba a gritos, miró los límites con las fincas colindantes y por segunda vez entre las líneas de fardos; se aproximó al barranco y hasta por alguno de los lados bajó un poco, allí no estaban.

Pasó por las fincas colindantes, cruzándolas de lado a lado, bajó al fondo del barranco por un camino próximo, pero seguía sin encontrarles, algo no iba bien, empezó a pensar que les podía haber pasado algo y la angustia le entrecortaba la respiración.

Salió corriendo de la finca, otra vez en dirección a casa, pero esta vez parándose en todas y cada una de las tierras que se encontraba en el camino, en todas se paraba el tiempo justo de dar un vistazo, gritar sus nombres y buscar un movimiento o resto que pudiera mostrar la presencia, no veía nada.

Llegó a casa jadeando.

- “María, no están ¿han venido a casa?”.

- “¿Cómo van a estar?, aquí no ha venido nadie,”.

- “En la finca tampoco están, no sé dónde pueden haberse metido.”

- “Espera, que voy contigo a buscarlos.”

Salieron juntos otra vez de vuelta a la finca, ya con la cara desencajada y sin ocultar su preocupación, sobre todo María que rompía en sollozos con cada persona que se encontraban al cruzar el pueblo suplicando por una pista que pudieran dar con el paradero de sus hijos.

Algunos de los vecinos se ofrecieron a acompañarlos, siendo al final casi una decena los que llegaron hasta la finca, entre todos comenzaron a buscarles por la zona, linde por linde, tierra por tierra, hasta batir medio monte sin encontrar a nadie; no era posible que hubieran ido más lejos ellos solos. Después de un par de horas de búsqueda infructuosa volvieron a reunirse todos en la entrada de la tierra.

Ante el desconcierto que reinaba entre todos uno de ellos apuntó en otra dirección:

-” Yo después de que pasaras con el tractor vi al *Cacholo* andar por allí, ¿no tendrá algo que ver?”.

...

Cacholo, llamado despectivamente así por la semejanza de su cara con la de un cerdo, principalmente por una nariz chata con dos agujeros redondos muy visibles a cierta distancia, llevaba muy poco tiempo viviendo en el pueblo. Se decía de él que tenía alguna deficiencia psíquica, y que pagaba el alquiler de la casa con el dinero de una pensión que cobraba; nadie lo conocía, había venido de otra zona y, como no era dado a relacionarse con el resto del pueblo, generaba desconfianza entre los nativos del lugar. Otros decían de él que había venido a vivir aquí porque en su pueblo natal había cometido alguna atrocidad y quería esconderse.

Pensaron que lo mejor era llamar a la Guardia Civil, pero mientras llegaba, como no querían perder tiempo fueron todos en grupo a casa de *Cacholo*, si él los tenía cuanto antes los encontrarán mejor, Dios sabe que podría hacerles.

Se plantaron delante de la puerta del hombre y empezaron a aporrear la puerta. En un par de minutos *Cacholo* abrió la puerta parcialmente, con desconfianza, asomando solamente la cara y dejando salir de su casa un olor a podredumbre que hizo voltearse y taparse la nariz a varios de los allí presentes con evidentes muestras de desagrado.

- “¿Sabes algo de los niños que han desaparecido?”.- Preguntó uno de ellos

- “No sé nada”.- Respondió con cierta mirada de desprecio.

En ese momento intentó cerrar la puerta, pero los reflejos de su interlocutor se lo impidieron, poniendo el pie en la abertura de esta se lo impidió y, de un golpe seco abrió la puerta haciendo que *Cacholo* se cayera hacía atrás golpeándose la cabeza contra el suelo.

Antes de que pudiera levantarse, entre dos de los hombres le sujetaron por los brazos para que no pudiera resistirse, cada vez parecía más culpable y había que sacarle el paradero de los niños, aunque fuera a golpes, pero no era tan fácil, apenas podían retenerle, *Cacholo* no dejaba de sacudirse violentamente al tiempo que lanzaba patadas a todo aquel que podía y juraba y maldecía por una boca de la que manaba una desagradable espuma.

Cuatro hombres y un buen rato hicieron falta para reducirle, al final consiguieron derribarlo y tumbándole boca abajo, aprovecharon para atarle de pies y manos con unas cuerdas que encontraron en la estancia. Una vez reducido y bien sujeto le voltearon y Manolo se acercó hasta él.

- “Más te vale que contestes, ¿Dónde están los niños?, ¿Qué has hecho con ellos?”

- “¿De qué coño de niños hablas?, ¿a mí que me preguntas?, yo no sé nada...”

- “¡De mis hijos, hijoputa, te hablo de mis hijos!, ¿Dónde los has metido?”.- Gritó asiéndole por la ropa y sacudiéndolo con fuerza.

Cacholo se quedó callado mirando fijamente al preocupado padre, después dio un vistazo alrededor, viendo las caras y a expectación que la

situación producía en el resto de los allí presentes y rompió en una sonora y desagradable carcajada. Su risa rebotaba por todas las estancias de la casa, amplificando su desagradable sonido y envolviendo a todos.

- “¡Jajajaja!... tus hijos están muertos... ¡jajajaja!... pero si quieres le hago otros a tu mujer... ¡jajajaja!... dos a la vez... ¡jajajaja!... no como tú, que no has sido capaz de hacer ni uno sin ayuda... ¡jajajajaja!”

Manolo al oír esas palabras se abalanzó contra él y comenzó a darle puñetazos de forma continua en la cabeza, con cada golpe le dolían los nudillos, pero la rabia y la desesperación le impedía parar. Tras cinco o seis puñetazos, viendo que estaba fuera de sí y que no cesaba en su aporreo, parte de los allí asistentes le sujetaron para que parase.

Cacholo, con la cara llena de sangre y ligeramente aturdido por los golpes miró a su alrededor intentando enfocar bien la visión, girando la cabeza hacía Manolo continuó con sus bravatas.

- “Yo te maldigo, os maldigo a todos, no encontraras nunca a tus hijos con vida, y vosotros lo veréis, estáis todos malditos.”

Manolo se zafó de sus captores y volvió a abalanzarse sobre el cautivo sin dejar de golpearle, que, inmovilizado solo podía acertar a insultar, maldecir, escupir y hasta reírse de todos los allí presentes

Cuatro agentes de la Benemérita irrumpieron en la casa, al grito de “*alto*” inmovilizando al agresor contra el suelo. La imagen que dejó Manolo tras de sí era la de un ser inerte totalmente cubierto de sangre y que solo acertaba a balbucear lo que se suponía que seguían siendo insultos.

- “¿No veis que este hombre no está en sus cabales?.” – Dijo uno de los agentes. – “No quiero que nadie se marche de aquí, os tenemos que tomar declaración a todos para saber qué es lo que ha pasado”.

A los pocos minutos llegó una ambulancia, que metió a *Cacholo* dentro para trasladarlo al Hospital ante la mirada, todavía acusadora, de todos los allí congregados.

Ya en la calle, los agentes fueron tomando los datos y declaración a todos y cada uno de los que habían participado, no solo en el linchamiento, sino también en la búsqueda, instándoles a todos que volvieran a sus casas, ya que ellos se encargarían de todo.

El registro de la casa no despejó ninguna duda, en ningún rincón había evidencias de que los niños hubieran estado allí, tampoco se encontró, entre las pertenencias del acusado, ningún tipo de rastro que pudiera indicar que había estado con ellos o que tuviera algo que ver con su desaparición.

A Manolo lo esposaron y lo metieron dentro del coche patrulla, debían de llevarlo a declarar ante el juez competente, hasta lo cual debía de permanecer en custodia. María, su mujer, viendo como se lo llevaban se derrumbó en el suelo sintiendo como su vida se estaba viniendo abajo.

...

En el hospital solo le encontraron a *Cacholo* unas cuantas contusiones, heridas superficiales y una pequeña fisura en una costilla; eran poco más de las diez de la noche cuando salió del centro y ya había anochecido. Metió la mano en el bolsillo del sucio y roto pantalón y recuperó una vieja

billetera, con desconfianza revisó cada uno de los apartados y comprobó cómo no le faltaba ni uno de los billetes que tenía guardados.

Buscó la parada de taxis del hospital y, ante las miradas curiosas de los taxistas fue hacia el primero de la fila; el conductor, al verle, con ciertos reparos, temiendo que la suciedad y manchas de sangre de sus ropas le pudieran manchar la tapicería, le preguntó a donde quería ir, esperando que fuese un trayecto corto para librarse pronto de él, y, sobre todo, para que tuviera dinero suficiente para pagarle.

Desde el asiento de atrás le indicó la dirección especificando la casa de la aldea a la que debía dirigirse; temiendo los celos del chofer, le dio por adelantado un billete de cincuenta euros procurando que este viera que tenía más en la cartera como para cubrir cualquier gasto adicional que necesitara.

Por el camino no dirigieron la palabra, *Cacholo* fue la hora de trayecto mirando por la ventanilla, sin que la oscuridad le permitiera ver nada, y absorto en sus pensamientos, no entendía como le había vuelto a pasar, siempre procuraba pasar desapercibido y, para evitar problemas, intentaba no relacionarse con nadie, pero allá donde iba siempre acababa igual y por ello murmuraba maldiciones para todos y cada uno de los moradores de cada una de las aldeas en las que, a lo largo de su vida, había ido residiendo y, de las que había salido mal parado o expulsado; *“hay algo que debo hacer mejor”*, pensaba.

Cuando llegaron a su casa adelantó al taxista otro billete de cincuenta euros a condición de que le esperase en la puerta, a poder ser con el motor y las luces apagadas para evitar llamar la atención en la medida de lo posible. Entró en la casa y se cambió de ropa, al verla marchada de

sangre y hecha jirones la tiró al suelo y se olvidó de ella. Sacó de un armario tres maletas grandes que tenía y comenzó a llenarlas con rapidez y poco orden.

En una de ellas metió la ropa, sin molestarse en colocarla en exceso, en otra metió el calzado, junto con unas latas y paquetes de comida que tenía en una pequeña alacena, y en la tercera guardó el poco menaje de cocina que tenía con algunas pequeñas herramientas de mano. La poca ropa de cama que tenía la metió en una bolsa de plástico que dejó junto a las maletas. Revisó todo para no dejarse nada que le pudiera importar y dejó las llaves encima de la mesa; dando un último vistazo a lo que había sido su hogar los últimos meses salió y cargó, con ayuda del taxista, todo el equipaje en el maletero del coche.

- “¿Sabes de algún hostel barato en Lugo?, no tiene por qué ser muy céntrico, prefiero que sea barato, es para una o dos noches.”

- “Conozco uno, cerca de la estación de tren, no es muy lujoso, pero tiene un precio muy “xeitoso”.”

- “A ese entonces”.

Durante el camino de vuelta a la capital tampoco dirigieron la palabra, *Cacholo* iba absorto decidiendo cuál sería su nuevo destino, estaba harto de las aldeas y pueblos pequeños de la montaña, donde todo el mundo se conoce y siempre desconfían del forastero, esta vez decidió hacer un cambio más radical, se iría a la costa, Finisterre pensó que podría ser un buen destino, “*el fin del mundo*”, allí podría pasar más desapercibido y, también, de paso, tenía ganas de ver el mar y disfrutar de su cercanía.

...

Manolo volvió a la aldea el día siguiente, el juez le había tomado declaración y le dejó libre con cargos; nada más salir llamó a un vecino para que fuera a buscarle y le llevara en coche a casa. Apenas había dormido, pero tenía que seguir buscando a sus hijos, se imaginaba que podrían estar solos y asustados en algún sitio.

Mientras tanto, los vecinos junto a varios agentes de la Guardia Civil se habían estado organizando para seguir buscándolos, se habían distribuido las zonas por las que buscarían durante ese día, todo ello ampliando el radio desde lo que llamaban punto cero, que no era otro que el mismo centro de la finca donde habían desaparecido el día anterior.

Por toda la aldea ya había corrido como la pólvora la noticia de que *Cacholo* había desaparecido, por la noche y a escondidas; el dueño de la casa donde vivía de alquiler había recibido a primera hora de la mañana una llamada de su inquilino en la que decía que dejaba la casa y que las llaves estaban encima de la mesa. Sabiendo lo que había pasado, y siendo como había sido buen amigo de Manolo en la infancia, fue raudo a abrir la casa de par en par para permitir que, quien quisiera, fuera a inspeccionarla cuanto quisiera.

Manolo entró en casa y abrazó a su mujer, la vio muy desmejorada, sus ojeras denotaban que no había podido dormir mucho esa noche y que ya no quedaban lágrimas en sus ojos para llorar.

- “Tráelos Manolo”, – Gimió la mujer abrazándolo fuertemente, - “tráeme a los niños a casa.”

- “Si, voy a buscarlos con los demás.” - Solo pudo contestar.

Antes de volver a la finca pasó a dar un vistazo a la casa de *Cacholo*, el dueño le facilitó la entrada y, como allí ya no vivía nadie no había riesgo de cometer ningún delito de allanamiento. Dio un vistazo todo alrededor de la estancia, buscando algún indicio, algo que los demás hubieran pasado por alto, pero no vio nada que le llamó la atención ni que le dijera que sus hijos habían pasado por allí; el sitio era oscuro, sucio, desordenado, el recinto antes era una cuadra y poco se había habilitado para hacer de él una vivienda, no se podía imaginar cómo una persona normal fuera capaz de vivir en ese cuchitril; no estaba bien de la cabeza, estaba claro, pensó que a lo mejor se había dejado influenciar por los demás y se había equivocado con él..

Ya en la finca, todos los vecinos que habían acudido se agruparon en torno a los agentes de la Guardia Civil, que se afanaban en darles instrucciones precisas, sobre cómo debían hacer el rastro y de la importancia de no tocar nada y de limitarse a avisar quedándose quietos con la mano en alto, en el caso de que encontraran algún rastro o evidencia que pudiera ser de interés.

Iniciaron la búsqueda en el centro del prado, formando una estructura de estrella que iría abriéndose hasta el final de la finca, mapeando cada uno de los centímetros de terreno para encontrar alguna prueba que identificase la dirección de los niños o que señalase la existencia de algún implicado en su desaparición.

Dada la atención que requería cada palmo de tierra, se avanzaba de manera muy lenta, necesitándose varios minutos para avanzar un solo metro. A la media hora, uno de los vecinos más jóvenes del pueblo se quedó quieto, levantó la mano y comenzó a gritar, son una voz aguda y temblorosa fruto de una mezcla de emoción y miedo.

- “¡Sangre!, ¡Aquí hay sangre!”

Los agentes se dirigieron rápidamente hasta el lugar del hallazgo mientras el resto de los allí congregados se mantenían, como les habían instruido, quietos en su lugar, cruzando entre ellos miradas de indecisión; todos menos Manolo, que salió corriendo hacia la zona marcada rezando para que la sangre no fuera de ninguno de sus hijos.

Tuvieron que sujetarle entre dos guardias y el propio vecino que había dado la señal de aviso, estaba histérico y quería cuanto antes despejar la duda de su mente. Se acercaron dos vecinos más a sujetarle mientras, los dos agentes intentaban que se mantuviera lo más sereno posible para que pudieran realizar su trabajo.

Por un lateral del fardo de hierba había un pequeño charco de sangre que había deslizado, desde debajo, ayudado por la inclinación del terreno y la gravedad. Fijándose con más detenimiento podía verse como a lo largo de uno de los laterales del mismo, aquel que corta la cuchilla de la enfardadora, había pequeños hilos de sangre y pequeños jirones de un material textil que, a simple vista, pasaban desapercibidos por el tono más oscurecido del tipo de hierba ya seca.

Dieron la vuelta al fardo, dejando la cara inferior a la vista y lo que allí apareció dejó a todos sobresaltados, el fardo estaba completamente manchado de sangre por ese lado. Manolo solo acertaba a chillar y a lamentarse ante la mirada aterrorizada de aquellos que le sujetaban.

Los agentes se acercaron a los fardos colindantes y, tras girarlos vieron como hasta en cuatro de ellos había las mismas manchas de sangre por su parte posterior. Ayudados de una navaja abrieron las cuerdas de uno de ellos y, al descomprimirse y abrirse su contenido, entre la hierba

aparecieron restos de pequeños seres humanos seccionados con trozos de ropa.

Las miradas de terror se entrelazaron en todos los allí presentes mientras el padre no encontraba consuelo a ese dolor que le desgarraba por dentro...

...

Cacholo estaba sentado en uno de los bancos de hormigón junto a la Lonja de Finisterre mientras leía atentamente en el periódico la noticia de la aparición de los cuerpos de unos niños dentro de unos fardos de hierba, según rezaba la noticia, el padre se había distraído al volante del tractor y, sin querer, la enfardadora había succionado a los niños en su interior sin que se pudiera hacer nada por ellos.

Bajó el periódico y se quedó pensativo, mirando al mar, mientras pensaba en lo que él había vivido dos días antes.

Recordaba cómo iba caminando por el camino de al lado de esa misma finca y como, de repente, dos niños habían saltado al camino provocándole un sobresalto.

- “¿Qué hacéis aquí?”. – Les había preguntado con un tono áspero y visiblemente malhumorado.

- “Nos estamos escondiendo, “- Le contestó la niña, - “queremos darle un susto a nuestro padre.”.

- “Ah, muy bien, pero ¿queréis que os diga cómo darle un susto muy divertido?”.

- “Siiiiii.” – Contestaron ambos niños al unísono.

- “Lo que tenéis que hacer es que hacer es esperar a que pase el tractor, y cuando vaya hacía ese lado, rápidamente os escondéis dentro de la fila de hierba de siguiente, la que está todavía sin enfardar, a allí os tapáis bien con la hierba y esperáis un buen rato escondidos sin moveros, cuando os encuentre vuestro padre ya veréis que susto más divertido se lleva.”

Los niños marcharon a todo correr, sin despedirse siquiera, e hicieron exactamente lo que aquel hombre les había indicado.

Cacholo se quedó en una esquina, parcialmente escondido, viendo con una enfermiza satisfacción como las garras de la maquinaria atrapaba a los niños y los arrastraba a la compactadora donde la terrible cuchilla, con un par de crujidos secos acababa con sus vidas sin que su padre fuera consciente de lo que había pasado.

Salió de la ensoñación de sus recuerdos sin dejar de mirar al mar, pero ya luciendo una leve sonrisa, bajó la mirada al muelle y allí vio, a unos diez metros, como un par de niños jugaban en el suelo con unos cochecitos de metal, volvió a mirar al mar, volvió a mirar a los niños y, ya con una leve carcajada, comenzó a imaginar en silencio como iba a ser la próxima vez.

Nota final.

Si te ha gustado este relato, te recuerdo que puedes adquirir la versión exclusiva tokenizada de *Cacholo* en la página web de los relatos del autor: <http://condesanxoan.com/relatos/>

También te recuerdo, puedes seguir leyendo gratuitamente mis relatos disponibles en la web: <http://condesanxoan.com/>